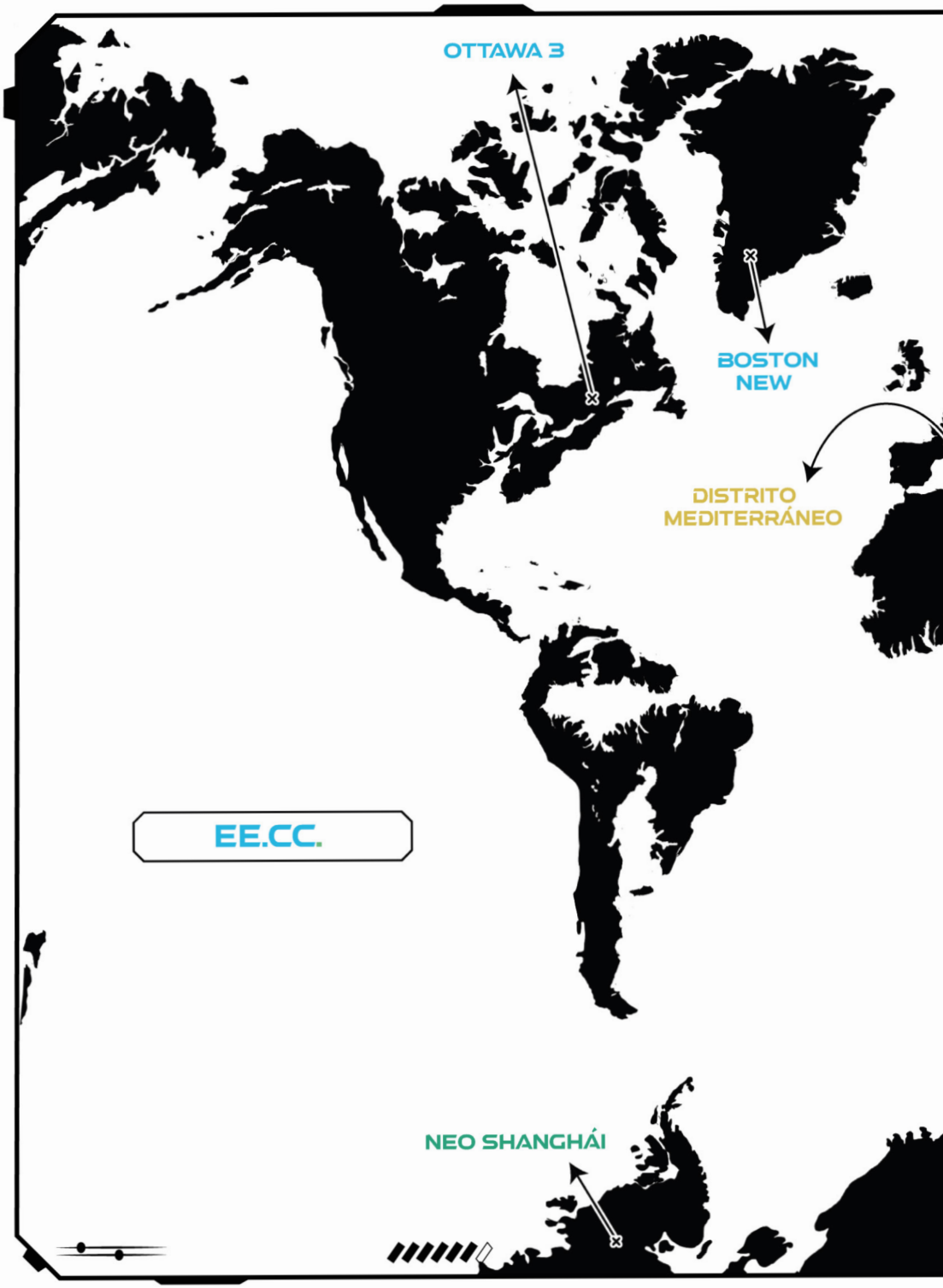
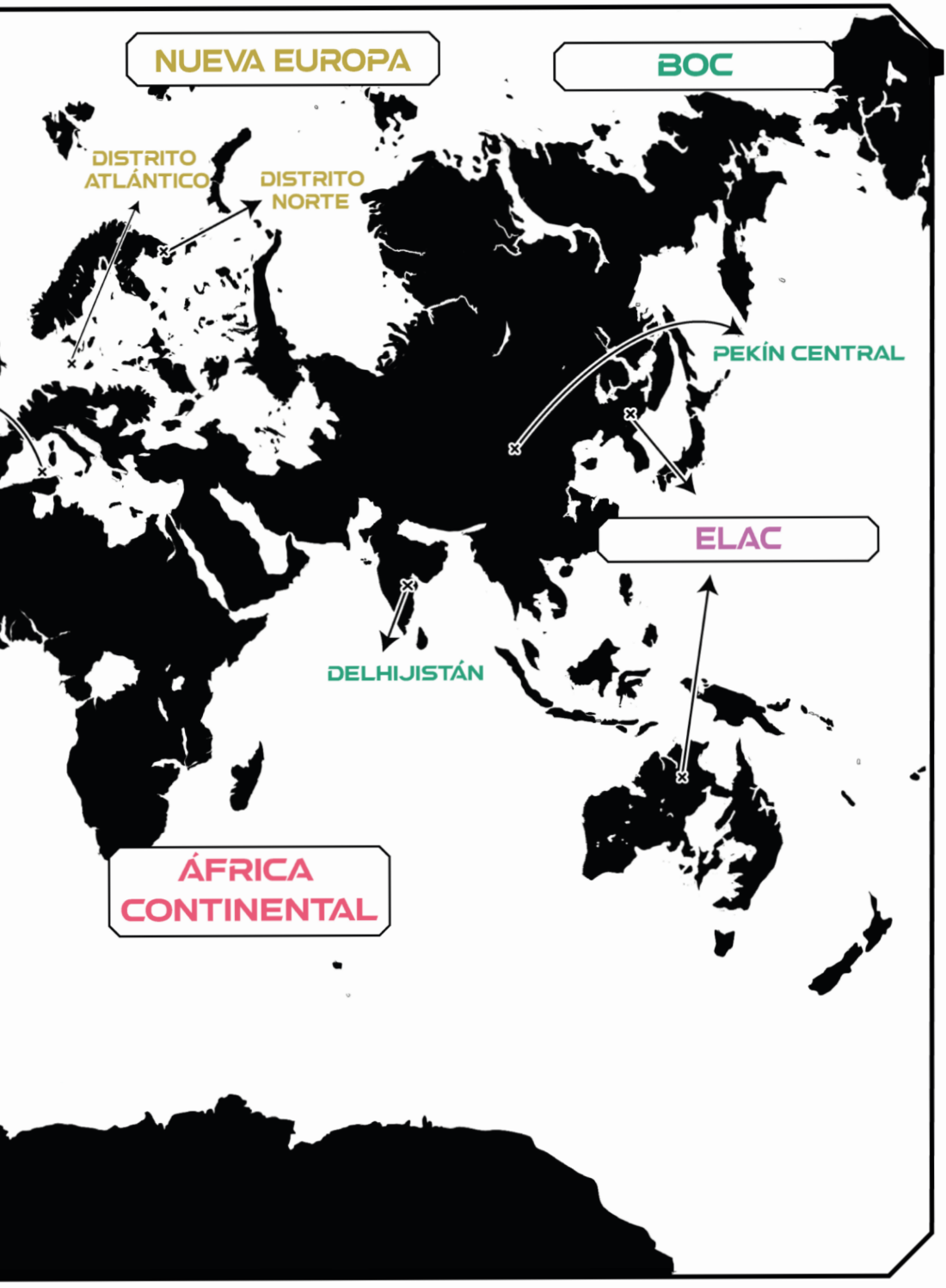

OTTAWA 3
BOSTON
NEW
DISTRITO
MEDITERRÁNEO
EE.CC.
NEO SHANGHÁI


NUEVA EUROPA
BOC
DISTRITO ATLÁNTICO
DISTRITO NORTE
PEKÍN CENTRAL
ELAC
DELHIJISTÁN
ÁFRICA CONTINENTAL

El ocaso de Idillium
Primera edición: abril de 2026

©2026, Carlos Rubio Palao.
©2026, Numak Ediciones (Served Numak S.L.)
C/Pineda Fosca, 4, 08100 Mollet del Vallès (Barcelona)
©2026, Manuel Montero Reina, por la cubierta.
©2026, Laura Plasencia Ollé, por las ilustraciones.
©2026, Alicia Plaza Cruzado, por las ilustraciones del mapa.
Fotografía del autor: Marta Parras.

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la leyes de *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org 917021970/932720445).

ISBN: 978-84-12-9584-5-4
Depósito legal: B 5961-2026

Printed in Spain – Impreso en España

CARLOS RUBIO PALAO

EL OCASO DE IDILLIUM

NUMAK

ÍNDICE

PUNTO DE CONTROL 10

PRÓLOGO 13

PARTE I – OTTAWA 3 25

PARTE II – SEA ENERGETICS 99

PARTE III – BÓREAS 187

PARTE IV – BABEL 283

PARTE V – EL OCASO DE LOS DIOSES 371

EPÍLOGO 453

GLOSARIO 457

Para Mariano, por las horas

PUNTO DE CONTROL[1]

Al final de *Los hijos de Titán*, buena parte de los niños elegidos de la Sección Blanca escapan, lo que dispara las alarmas de Nación.

Esa noche, Yumi, Kanae, Mike y Oriol están intentando descubrir qué fue de Sophie cuando hallan a Lex en los laboratorios subterráneos. El grupo se adentra aún más en la base de Nación hasta dar con Ryu, un prisionero condenado a muerte.

Ryu reconoce a Yumi y Kanae como sus hermanos pequeños y les confiesa ser el responsable de que la compañía acabara con sus padres. Kanae y Yumi le cuentan a su hermano todo sobre el Don y sus poderes. Antes de que puedan reaccionar, se activa la alerta en el complejo y se separan.

Yumi, Kanae, Mike y Oriol son interceptados por Tom Kaneda, pero Alma interviene como agente infiltrada y los rescata a cambio de ayuda para acabar con Eddard Brüme.

Yumi y Mike dan con la planta de producción de energía con miles de niños elegidos procesados. Allí es donde debe de estar Sophie.

Kanae y Oriol acompañan a Alma en helicóptero a Neo Shanghái, donde son atacados por Allen. Se dan cuenta, no obstante, de que Allen está siendo manipulado por un dispositivo de control mental. Kanae no tiene más remedio que matar a su antiguo rival para sobrevivir. Arima, Shiro, Shinobu y Nat escapan de la Sección Blanca y buscan a sus amigos. Se unen a Yumi y Mike justo cuando estos han hallado la cápsula de Sophie vacía y cuando son atacados por Zero, un neobot capaz de controlar el Don.

---

1 Al final de la novela el lector puede consultar, además, un glosario de personajes, instituciones, siglas y términos más completo y pormenorizado.

Drew y Dominic se quedan en la Sección Blanca a la espera de que sus amigos regresen.

En el rascacielos de la compañía en Neo Shanghái, Alma confiesa ante Kanae y Brüme que ha utilizado a los niños elegidos para acabar con Nación desde dentro. Brüme aprovecha el frágil estado en que se encuentra Kanae para asegurarle que, si Nación cae, los niños elegidos lo harán también, pues la sociedad no los aceptará.

Tom traiciona a Amelia, reconoce haber robado la Geoda para vendérsela al mejor postor, ejecuta a su amante y huye.

Ryu y Lex escapan con ayuda de Stahida de la Fortaleza, la prisión subterránea donde Nación hacinaba a refugiados climáticos a cambio de poder experimentar con su descendencia.

Cuando Yumi y los demás llegan a Neo Shanghái después de derrotar a Zero, ven cómo las plantas superiores del rascacielos de Nación explotan en una bola de fuego.

No habrá supervivientes.

El ocaso de Idillium arranca varios meses después de los acontecimientos narrados en *Los hijos de Titán*, cuando las autoridades y los gobiernos de todos los protectorados han descubierto ya los delitos de Nación, cuando los supervivientes de la Fortaleza, de la base en la Antártida y de las Escuelas de Poder han sido puestos a buen recaudo y cuando la humanidad empieza a preguntarse qué son y cómo podrán estos niños con poderes, estos niños elegidos, coexistir en su mundo.

PRÓLOGO

El fiscal bastian parker hizo una señal a su ayudante, que se acercó al estrado para trasladarle unas palabras a la jueza instructora. Estaban listos. Un murmullo ansioso sobrevolaba la sala de lo penal número seis del Tribunal Internacional de Justicia de Ottawa 3. La mayor ciudad protectora de América del Norte había amanecido con chubascos intermitentes y temperaturas en torno a los veinticinco grados. Aquella tierra, que los primeros colonos holandeses habían hallado gélida y umbrosa quinientos años antes, estaba ahora a un paso de ser un paraíso tropical.

Bastian repasó algunos datos en su holo mientras la seguridad del edificio cerraba las puertas y acompañaba al primer acusado hasta el púlpito, junto a su abogado defensor.

Li Hu, miembro del Comité de Nación Corporations, tenía setenta y ocho años y parecía a punto de romperse. Una red de cabellos canos le nacía lejos de la frente y le caía pegada a la piel hasta la nuca. Su rostro apergaminado miraba al suelo. Autoridades y medios llevaban esperando meses el arranque de los juicios de Nación. Así los habían bautizado: «Los juicios *de* Nación», no los juicios *contra* o los juicios *a*. Bastian sabía que en la prensa, y en la abogacía, las preposiciones nunca respondían al azar. Puede que la multinacional hubiera caído y que muchos de sus directivos acabaran en la cárcel, pero su influencia seguía presente. Hasta la Organización de las Naciones Unidas se había visto salpicada por el escándalo, al contar con altos cargos relacionados con el Comité.

Las destituciones no habían bastado. Según había leído Bastian, la institución, de las pocas del siglo XX que aún seguían vigentes, estaba planeando rebautizarse como Organización de los *Protectorados* Unidos en un último intento por salvar su imagen. ¿Serviría de algo? Bastian lo dudaba mucho.

Pero allí estaban, después de todo. Las pesquisas policiales y diplomáticas habían sido extenuantes y habían requerido extradiciones, cambios en las constituciones y debates públicos y jurídicos a la hora de diseñar un sistema con avales suficientes para hacer frente a tamaño desafío. Los juicios eran en sí un milagro, algo que gobiernos e intereses económicos habían intentado evitar, pero la balanza se había inclinado, por una vez, del lado correcto.

Y Bastian estaba orgulloso de poder ayudar.

Li Hu era el primero de una larga lista de acusados. El público de la sala y los periodistas estaban en ascuas, pero también el mundo, que observaba inánime a través de la retransmisión en directo. Los periodistas pedían silencio y señalaban con sus cámaras al frente. Bastian sabía que tenía una gran responsabilidad sobre sus hombros. A sus treinta y cuatro años, era el más joven de los fiscales del estado; podría haberle tocado a cualquiera de sus colegas defender los intereses de la ciudadanía (¡debería haber sido alguien con más experiencia, de hecho!), pero el elegido había sido él. Tragó saliva y fijó de nuevo su atención en el anciano, de nacionalidad japonesa, que tomó asiento junto al portavoz del bufete defensor de Nación.

Cogió aire y se mesó el pelo rizado y brillante. Dejó las gruesas gafas negras sobre la holo y encaró a su rival. Li Hu no había alzado la mirada ni una sola vez. Sus cejas blancas estaban tan pobladas que pareciera no tener siquiera ojos.

No hay más ciego, supuso Bastian, que el que no quiere ver.

—Podemos empezar —dijo la jueza.

Se hizo el silencio. Del otro lado de las gigantescas vidrieras azules llegaba el trino de las aves y un resplandor dorado. Las nu-

bes se habían abierto entre chaparrón y chaparrón. Bastian sonrió. Aquello era señal de buen augurio.

—Han pasado ocho meses y trece días desde que el mundo asistiera a un hecho de tremenda gravedad —enunció Bastian, dirigiéndose a la sala—. Son pocos los episodios de la historia en que nuestra especie coincide, sin ambages, en haber tocado fondo. El Holocausto nazi perpetró un genocidio sistemático contra seis millones de judíos, así como persiguió a tantas otras minorías disidentes u opositores; el estalinismo llevó a cabo purgas políticas, represión y hambrunas que resultaron en la muerte de millones de ciudadanos soviéticos; el régimen de Pol Pot masacró a dos millones de camboyanos mediante ejecuciones, torturas y trabajos forzados; el genocidio de Ruanda acabó, en solo cien días, con ochocientas mil personas, principalmente de la etnia tutsi; la crueldad frente al pueblo palestino demostrada en la frontera de Gaza evidenció la hipocresía de un cómplice y silente primer mundo, y el invierno nuclear de 2033 se coronó como la mayor de todas las brutalidades perpetradas por el ser humano, catástrofe que aceleró el cambio climático y borró de un plumazo la faz de la Tierra tal y como la conocíamos. ¿Las consecuencias? Todos los presentes las saben. Destruimos el mundo. Nos destruimos entre nosotros. Y el Tribunal Internacional fue fundado para impedir que el hombre añadiera más páginas a ese ignominioso índice, o al menos para garantizar que, de hacerlo, los culpables pagaran por sus actos.

Bastian tragó saliva y miró de reojo a la jueza, que alzó una ceja. La justicia no estaba reñida con el espectáculo, pero no todos los jueces coincidían en eso con el fiscal.

—Así pues, hoy estamos aquí, en la sala de lo penal número seis del ilustre Palacio de Justicia de Ottawa 3, para iniciar una serie de juicios que harán historia, no solo para restituir, reparar y castigar hechos terribles, sino también para recordar la falibilidad de nuestra sociedad, y como muestra de una firme y poderosa voluntad de redención.

Hubo murmullos. La jueza pidió silencio con una mano.

—Fiscal Parker, como acaba de decir, hoy iniciamos el primero de muchos juicios. Todos sabemos bien por qué estamos aquí. Evite a partir de ahora recordarnos cuál es nuestro deber y limítese a cumplir el suyo.

Bastian volvió a su atril y señaló al acusado.

—Señor Hu, en instancias previas usted ha asegurado que no estaba al corriente del funcionamiento interno o de los procesos industriales que Nación Corporations llevaba a cabo en su filial antártica. He de recordar a su señoría, y al resto de los presentes, que Nación fue fundada poco después del invierno nuclear como producto de la fusión de varias multinacionales estratégicas y de desarrollo militar, que…

—Prosiga, fiscal —lo cortó la jueza—. Estoy al corriente del expediente de la compañía.

—¡Espléndido! Entonces…, su señoría sabrá también que la producción de Nación estuvo durante muchos años ligada a las centrales de geotermia que tiene a lo largo y ancho del territorio que antiguamente conocíamos como Estados Unidos. Sin embargo —dijo, adelantándose a una nueva apostilla de la jueza—, esto cambió varios años después de que Nación financiara partidas espaciales por planetas y satélites cercanos. ¿El motivo de dichas expediciones? La búsqueda de recursos y materiales superconductores, por supuesto.

»El desarrollo a contrarreloj de superbaterías fue la tónica habitual del sector tecnológico durante décadas, Nación no fue pionera en ello. Con la energía nuclear vetada tras el Tratado de Clima y Antirradiación, las energías renovables eran la única fuente de suministro para las potencias supervivientes. Pero había un problema: los gobiernos, las empresas, la industria en general, habían ignorado con increíble talento y tenacidad los consejos de la comunidad científica, y la inversión en energías limpias había sido hasta el momento insuficiente. Así pues, los nuevos estados se vieron muy pronto necesitados de alternativas.

Bastian se detuvo. Balanceando su peso corporal de una pierna a la otra, chasqueó la lengua y se dirigió por primera vez al anciano japonés desde que hubiera dicho su nombre.

—Nación encontró algo en Titán que cambió su forma de obtener energía, ¿verdad, señor Hu?

El anciano levantó una ceja como única respuesta. El abogado portavoz del grupo defensor rodeó su mesa, poniéndose junto a la silla del acusado.

—Señoría, mi cliente, el señor Hu, cumple setenta y nueve años mañana y ha pasado la última década asistiendo de forma telemática a las sesiones rutinarias que el Comité directivo de Nación Corporations hacía para sus accionistas e inversores. Su participación en los hechos que se juzgan hoy aquí es peregrina y carece de justificación desde el punto de vi…

—¡Felicidades por adelantado, señor Hu! —lo interrumpió Bastian sin dejar de sonreír—. Goza usted de una salud envidiable. Pero, ya que hablamos de los hechos que se juzgan aquí, tal y como menciona el portavoz de su defensa, déjeme que le recuerde los cargos que se le imputan: «El auto preliminar ve indicios claros de tráfico ilegal de migrantes climáticos, malversación de fondos públicos y prevaricación, desvío de capitales, eugenesia y experimentación con transgénesis en seres humanos». Ciento veinticuatro años de cárcel, señor Hu. —El público susurró, abrumado, pero Bastian no dio paso a la réplica—. Dice su abogado portavoz que su participación en la empresa ha sido anecdótica estos últimos diez años… Debo entender, por lo tanto, que su labor los años previos fue directa. ¡Bien! Porque mi pregunta hacía referencia a las misiones de Nación en Titán, donde estableció no pocas colonias científicas y mineras entre los años cincuenta y sesenta del siglo XXI.

»Insisto: ¿qué hallaron allí, señor Hu? Es más, le ayudaré con el contexto para que la sala, su señoría y también mis colegas de la defensa entiendan bien a qué me refiero. Antes de formar parte del Comité como asesor, el señor Hu era ingeniero químico

jefe en el departamento de materiales de Nación. Según la información técnica que la empresa proporcionó a la fiscalía, usted supervisó numerosos proyectos de terraformación en satélites del sistema solar, intentos la mayoría fallidos pero que proveyeron a la compañía de nuevos recursos y datos geológicos. En el organigrama de la empresa, su *participación* no fue meramente informativa hasta que se jubiló y legó el departamento a su primogénita, la doctora Chyou Hu. Olvidémonos por un segundo de las penas que se le imputan, de todo lo que ocurrió en la filial antártica de Nación hace ocho meses, del revuelo mediático y hasta de los refugiados que perdieron la vida bajo su responsabili…

—¡Protesto!

—Se admite —dijo la jueza con un hondo suspiro—. Parker, contrólese.

—Como iba diciendo… —continuó el fiscal tras beber un poco de agua—, olvidémonos de los años de prisión. Hagamos un viaje en el tiempo. Cuéntenos, por favor, ¿qué encontró Nación Corporations en el subsuelo de Titán, el satélite helado de Saturno?

Li Hu levantó la vista por primera vez para fijarse en su interlocutor. Un mapa de arrugas trazaba y borraba caminos en su frente y alrededor de sus ojos. Separó los labios y, cuando habló, lo hizo con una voz suave y atonal.

—Algo nuevo.

—¿Podría ser más específico?

—Un material desconocido. Eso encontramos.

—¿Y guarda relación ese material con los acontecimientos que tuvieron lugar en la ciudad protectora de Neo Shanghái hace ocho meses? Acontecimientos que sacaron a la luz, permítame recordarlo, la existencia de una cárcel subterránea de refugiados climáticos bajo la sede antártica de Nación, y donde se realizaban retorcidos y *frankensteinianos* experimentos.

Bastian temió haber patinado de nuevo, pero el abogado defensor no protestó. El anciano, sin embargo, arrugó la nariz.

—¿Cuál era la pregunta?

Una leve risa reverberó en la sala.

—Le preguntaba si el material hallado en Nación está relacionado con los niños elegidos, señor Hu, y con los refugiados climáticos que su compañía torturaba en la Antártida.

—¡Protesto, señoría! Esto es…

—Se rechaza —replicó la jueza, muy seria—. Conteste, señor Hu.

El anciano tosió.

—Desconozco si hay relación entre el material y esos hechos, señoría. Mi labor como ingeniero fue, durante más de tres décadas, estudiar las aplicaciones biotecnológicas de multitud de nuevos elementos y recursos extraídos de las misiones espaciales. Cuando pasé a formar parte del Comité como asesor, dejé atrás el laboratorio y mi papel pasó a ser anecdótico. Viví el hallazgo en Titán al que el fiscal hace referencia, y participé en estudios y programas de industrialización de la Geoda durante años, pero, como han podido comprobar, nunca puse un pie en la Antártida y lo que hicieran el presidente Brüme o sus jefes de departamento con dicho material… a mí no me compete.

Sus palabras desataron un murmullo. La jueza activó desde la holo de su púlpito varias llamadas al orden y el personal de seguridad amenazó a un par de periodistas empeñados en conectar en directo.

—Ha mencionado la Geoda… —dijo Bastian cuando se reinstauró la calma—. ¿Por qué no nos cuenta algo más de ella, señor Hu?

—Ya le he dicho todo lo que sé.

—No, no lo ha hecho. Se ha limitado a decir que trabajó durante décadas estudiando ese material extraterrestre, nada más.

El anciano abrió la boca, pero su abogado portavoz fue más rápido.

—Señoría, son muchos los cargos que se le imputan a mi cliente, y limitado el tiempo que tenemos. ¿Va el fiscal a preguntar por el trabajo que desempeñó el señor Hu en la sede norteamericana de Nación Corporations durante treinta y cinco años de leal y abnegado servicio?

La jueza se pellizcó el puente de la nariz y ladeó la cabeza en dirección a Bastian.

—Fiscal, abrevie.

—Si no me hubiera interrumpido la defensa, señoría, habría terminado de plantear mi pregunta. Como sabrá, señor Hu, la transgénesis en humanos lleva prohibida casi sesenta años, pero en Nación se venían realizando prácticas genéticas de todo tipo, también en humanos, ignorando el marco internacional. Dado que el señor Hu ha reconocido su participación como ingeniero químico de Nación y su labor como investigador de la Geoda (ese extraño y prometedor material que su empresa halló en Titán), insisto: ¿estaba al tanto de que una de las aplicaciones de la Geoda, si no la principal, era precisamente manipular a seres vivos, en concreto a bebés recién nacidos, y que esa práctica se llevaba a cabo en las instalaciones subterráneas de la empresa de la que fue asesor directivo hasta hace ocho meses y trece días?

El anciano tragó saliva y miró de reojo a su abogado.

—No.

—Le recuerdo que está bajo arresto domiciliario y en disposición del derecho internacional, señor Hu. Si a lo largo de este proceso, o después, se descubre que ha mentido entre las paredes del Palacio de Justicia de Ottawa 3, se le podrían imputar agravantes a su ya de por sí compleja situación jurídica. Por eso —añadió con rapidez Bastian, previendo un contraataque de la defensa o incluso una llamada de atención de la jueza, no del todo inmerecida—, repito: ¿era conocedor de que bajo la presidencia de Eddard Brüme, y probablemente muchos años antes de esta, la sede de Nación en la Antártida empleaba la transgénesis en humanos?

—No.

—¿Sabía que el ochenta por ciento de la producción energética de la compañía provenía de granjas de cápsulas de conversión de dicha filial, a pocos kilómetros de Neo Shanghái?

—No, no lo sabía.

—¿No llegó a preguntarse nunca, ni cuando aún era ingeniero jefe, cómo consiguió Nación ser líder del sector a pesar de no disponer de suficiente infraestructura geotérmica que justificara tamaña producción?

—No, no lo hice.

—¿Nunca supo que Nación había llegado a un acuerdo con el Bloque Oriental Chino a través del cual el segundo abastecía al primero de refugiados climáticos en situación irregular, a cambio de energía a un precio mucho menor que el de mercado?

—Nunca.

—¿No participó, ni directa ni indirectamente, en la creación de protocolos de manipulación y exposición de la Geoda en diferentes experimentos con seres vivos, animales, plantas y también personas, o presenció tales pruebas?

—Jamás.

—¿Ni aun siendo usted uno de los máximos expertos dentro de la compañía en cuanto a biología y geoquímica de la Geoda?

—Así es.

—Tampoco sabrá, entonces, que, llegado el momento, Nación empezó a ofrecer a los refugiados que aceptaban sus condiciones un techo bajo el que guarecerse, comida y agua a cambio de engendrar bebés para sus experimentos…

—No, yo no…

—Como tampoco sabrá que estos bebés eran expuestos a materiales mutágenos derivados de la Geoda y que estimulaban cambios en su organismo, los dotaban de capacidades a todas luces extraordinarias para nuestra especie. Al desconocer eso, es evidente que tampoco entraría dentro de sus competencias, ni previas ni posteriores a su nombramiento como asesor del Comité, el seguimiento de esos cambios genómicos en el ADN de los niños modificados, «niños elegidos», como aparecen llamados en los informes internos de Nación a los que la fiscalía ha tenido acceso.